

EN ESTE NÚMERO (DEDICADO A LA ENSEÑANZA RELIGIOSA):

- Auras de la enseñanza religiosa en España.
- El problema de la perseverancia es el gran problema de las catequesis.
- La enseñanza de la Religión en la Universidad de Sevilla.
- Panorama español de la enseñanza catequística elemental.
- Cómo se enseña la Religión en el Ecuador.
- Una encuesta sobre la enseñanza de la Religión en el bachillerato.
- Los medios audiovisuales de enseñanza en nuestra catequesis.
- Los textos de Religión en la Enseñanza Media.
- Etcétera.

LA ENSEÑANZA DE LA RELIGION

Editorial

Lo que unos pocos años antes habría parecido imposible, empezó a ser una realidad en 1939: en todos los grados de la enseñanza española, desde la escuela primaria a la Universidad, hacía acto de presencia la religión. Al final de una cruenta guerra, que había desgarrado la patria, se podía saludar con alborozo una paz que tenía el signo de un sentido religioso profundo. Y la juventud española iba a tener contacto, tras un doloroso paréntesis de laicismo, con la religión, enseñada con las máximas garantías de sumisión a la Iglesia.

La primera impresión, reconozcámoslo, fue de alegría. Había motivos para ello. Estaban bien recientes los tristes años de hostilidad ideológica, y hasta práctica, de ausencia religiosa. Era natural que los protagonistas se sintiesen contentos y esperanzados. Cabía confiar en que la enseñanza «masiva» de la religión barriera la plaga de la ignorancia religiosa y, de paso, elevara fuertemente el nivel religioso del pueblo español.

Se montó el ingente mecanismo. Comenzó a funcionar. Evidentemente, la ignorancia religiosa retrocedió. No hay quien pueda negarlo. Pero tampoco hay quien niegue que, como en toda obra humana, aparecieron defectos. La sociedad española no parece haber recogido hoy los frutos que cabía esperar de una ingente siembra que se ha realizado a lo largo de cinco largos lustros.

Para unos, no ha habido acierto. Se ha aumentado la ciencia, pero ha faltado la orientación vital. Se ha repetido a adolescentes, en escuelas e institutos, lo que en forma escolástica se había aprendido en los Seminarios. Faltaba calor, entusiasmo, integración en la vida. El dispositivo fue perfecto, pero respondió a una época y a unas preocupaciones que hoy vemos totalmente superadas. Y lo que más duele es que esta superación, puesta de manifiesto en el Concilio, no ha podido reflejarse en la

realidad porque en la enseñanza de la religión, como en casi todos los demás aspectos de la enseñanza en España, se ha montado un sistema de programas detalladísimos, de prescripciones minuciosas, que hacen difícil, si no imposible, encontrar un remedio. Quienes así opinan repiten aquel axioma tan conocido: «El inmovilismo no es una política, sino la carencia de toda política».

Para otros, este balance peca de injusto. En las críticas se oculta un deseo de superficialidad. Se quiere reducir al niño español, que recibe una abundante formación catequética, al nivel elemental de los niños de otros países, a quienes a duras penas se consigue captar para una rápida catequización. No hay derecho a pretender una enseñanza rudimentaria, reducida a cuestiones actuales pero inorgánicas, a la hora de organizar la enseñanza de la religión en la Universidad. Bajo el pretexto de una orientación más vital, y de una impregnación de vida y de liturgia, no se puede dar entrada a una sorda oposición hacia lo que de claro, de transparente y de sólido tiene la enseñanza en forma escolástica.

¿Quién tiene razón? No somos nosotros los llamados a decidirlo. En estas mismas páginas encontrarán nuestros lectores argumentos en favor de una y otra posición. Declaremos, sin embargo, que este número de INCUNABLE no está concebido, en manera alguna, como un estudio a fondo, que dé el balance exacto y el remedio a los defectos que se han encontrado. Es tan sólo una llamada de atención. Hay problemas, y los habrá siempre. Frente a ellos podemos cerrar los ojos, y exponernos a que se agraven más y más. Podemos también contemplarlos cara a cara y buscar la manera de resolverlos. Esto hemos intentado. Si nuestra aportación contribuyera a despertar inquietudes, a hacer pensar, a suscitar iniciativas, a dar ánimos para que se enseñasen nuevos métodos, nos tendríamos por muy contentos. Sin pretender nunca haber dado la solución, sino tan sólo, con humildad y verdad, haber contribuido a que se buscara.